

7933
ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

¡ÓDIEME USTED,
CABALLERO!...

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS,

ESCRITO SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA.

POR

D. MARIANO PINA DOMINGUEZ.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1879.

¡ODIEME USTED, CABALLERO!...

257035

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

¡NO ME SIGA USTED!	Comedia en un acto.
EL VIEJO TELÉMACO.	Zarzuela en dos actos.
SENSITIVA.	Zarzuela en dos actos.
EL VIOLINISTA.	Zarzuela en un acto.
ADIOS MI DINERO!.	Zarzuela en un acto.
LA VIDA EN UN TRIS.	Zarzuela en un acto.
LAS MULTAS DE TIMOTEO.	Comedia en un acto.
DESCARGA DE ARTILLERÍA.	Comedia en un acto.
POR HUIR DEL VECINO...	Juguete cómico en un acto.
PIRLIMPIMPIN 1.º	Zarzuela bufo-fantástica en dos actos.
LOLA...	Zarzuela en dos actos.
SE DAN CASOS.	Zarzuela en un acto.
UN NUEVO QUINTILIANO.	Comedia en un acto.
LA COPA DE PLATA.	Zarzuela en dos actos.
LO SÉ TODO.	Juguete cómico en dos actos.
FAUSTO.	Parodia en dos actos (de la ópera).
LA CASA DE LOCOS...	Zarzuela en un acto.
DAR EN EL BLANCO.	Comedia en tres actos.
ME ES IGUAL.	Juguete cómico en un acto.
EL FORASTERO.	Juguete cómico en tres actos.
EL FOGON Y EL MINISTERIO.	Juguete cómico en un acto.
¡VALIENTE AMIGO!	Juguete en dos actos.
LA LEY DEL MUNDO.	Comedia en tres actos.
LAS CEREZAS.	Juguete cómico en tres actos.
COMPUESTO Y SIN NOVIA.	Zarzuela cómica en tres actos.
¡ARDA TROYA!.	Juguete cómico en tres actos.
LA DULCE ALIANZA.	Juguete cómico en tres actos.
LA GACETILLA DEL AÑO.	Revista en un acto.
LOS DOMINÓS BLANCOS.	Comedia en tres actos.
EL AÑO SIN JUICIO.	Revista.
CAMBIAR DE COLORES.	Comedia en un acto.
EL DOCTOR OX.	Zarzuela bufa en tres actos y seis cuadros.
LOS MADRILES.	Zarzuela en dos actos.
AMAPOLA.	Zarzuela cómica en tres actos.
EL CHIQUITIN DE LA CASA.	Comedia en tres actos.
EL EMPRESARIO DE VALDEMORILLO.	Zarzuela en dos actos. (Segunda parte de los Madriles.)
EL DIABLO COJUELO.	Revista en tres actos.
ESTO, LO OTRO Y LO DE MÁS ALLÁ.	Revista en un acto.
EL DINERO EN LA MANO.	Comedia en dos actos.
EL CABALLO BLANCO.	Juguete cómico en dos actos.
HISTORIAS Y CUENTOS.	Zarzuela en dos actos.
DIMES Y DIRETES.	Juguete cómico en un acto.
EL PAÑUELO DE YERBAS	Zarzuela cómica en dos actos.
ÓDIEME USTED, CABALLERO!... .	

¡ÓDIEME USTED, CABALLERO!...

JUQUETE CÓMICO EN DOS ACTOS,

SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA,

POR

D. MARIANO PINA DOMINGUEZ.

Representado por primera vez en Madrid en el Teatro de APOLO el 6 de
Diciembre de 1879.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1879.

PERSONAJES.

ACTORES.

MARÍA.....	SRTA. VARELA.
GERTRÚDIS.....	SRA. FENOQUIO.
ASUNCION.....	DIAZ (D. ^a Amp.)
NICOMEDES.....	SRES. FERNANDEZ (D. M.).
ANATOLIO.....	ARANA.
MAURICIO.....	VALLARINO.
UN MOZO.....	RAMIRO.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria. El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lirico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MI QUERIDO FERNANDEZ DON MARIANO,

HONRA Y PREZ DEL GRACIOSO CASTELLANO.

Á usted dedico porque puedo y quiero
este pobre juguete,
en el cual brilla usted tan sandunguero
que vale usted por siete.
Aunque la ofrenda es pobre, significa
el cariño de un pecho agradecido.
Este cariño fiel todo lo explica,
y pues lo explica todo... he concluido.

M. PINA DOMINGUEZ.

ACTO PRIMERO.

Sala amueblada con sencillez. Puertas laterales y al foro.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA GERTRUDIS, MARIA, ANATOLIO, salen por el foro
con traje de viaje: cada cual saca una maleta.

- GERT. No hemos escapado de mala!
ANAT. Bonito viaje! Salir de Madrid á las ocho y descarrilar á los nueve y cuarenta.
GERT. Prefiero el burro ó la galera.
ANAT. Sobre todo el burro! Lo más que puede suceder es que uno se apee por las orejas.
MARIA. Ha sido buena idea el venirnos á pié hasta Aranjuez. En esta fonda podemos descansar.
GERT. Creo que lo mejor es quedarse aquí hasta mañana.
ANAT. Opino lo mismo. (Cuidado que es bonita!)
GERT. Ven, María.
MARIA. Caballero!...

- ANAT. Aunque nos veremos luégo, permítame usted que le dé mi tarjeta. (Buscándola.) Y doy mil gracias al descarrilamiento que me ha proporcionado la ocasion...
- GERT. Hombre, eso no! Y si nos hubiéramos estrellado?
- ANAT. Tambien hubiera dado gracias despues de muerto; por caer al lado de ustedes.
- GERT. Qué barbaridad!
- ANAT. Tome usted. (Dando la tarjeta.) Anatolio Ramirez, médico oculista.
- GERT. Calle! Es usted?
- ANAT. Quién?
- GERT. Ramirez.
- ANAT. Sí señora, Anatolio.
- GERT. Vive usted en Madrid?
- ANAT. Calle de la Ternerera.
- GERT. Número ocho?
- ANAT. Justo.
- GERT. Hace siete meses que no paga usted el cuarto?
- ANAT. Ya veo que me conoce usted, señora.
- GERT. Naturalmente. Yo soy la dueña de la casa.
- ANAT. Usted? (Demonio!) Es usted la dueña?
- GERT. Mi administrador no ha podido conseguir que cumpla usted sus compromisos en tan larga fecha, y hace poco me decía: «Qué hacemos con Ramirez?»
- ANAT. Y qué contestó usted?
- GERT. Haga usted lo que quiera, con tal que pague.
- ANAT. Es verdad! Por eso me notificó el ultimatum, advirtiéndome que iba á plantar mis muebles en la calle... Pero usted no consentirá en semejante atropello! Yo pagaré, señora! Ahora precisamente iba á Alcázar muy bien recomendado, y espero obtener de un rico propietario la administracion de sus bienes.
- GERT. Bien, bien: eso es cuestion de mi administrador. Yo no me mezclo... Vamos, María, vamos á ver si nos dan una habitacion. Hasta luégo, señor de Ramirez.
- MARIA. Hasta luégo.
- ANAT. Á los piés de ustedes. Ya nos veremos. (Vánse las dos.)

ESCENA II.

ANATOLIO.

Ya lo decía yo! Descarrilar y ni una sola desgracia! Qué más desgracia que ir en el tren mi casera! Y qué hija tiene tan guapa! Durante el trayecto yo la miraba, y ella solía mirarme; y cuando nos mirábamos á la vez corría un fluido por todo mi cuerpo! Su pié iba rozando el mio: yo lo apreté suavemente. Ella suspiró... y descarrilamos! Á propósito! (Buscando en los bolsillos.) Si habré perdido la carta de Asuncion? (Saca varios papeles y busca entre ellos.) Al partir me la puso en el bolsillo y maldito si me he acordado de leerla. Cuando pienso que soy esposo, padre de familia, y oculista sin enfermos, me estremezco!... No hay un ojo malo en toda la redondez de la tierra! (Encontrando la carta.) «Anatolio... con *ache*. No orvides,—con *erre*,—que me yevas en el bolsillo,—con *y griega*.—Sé fiel durante tu viaje.»—Es más celosa que una pantera de Java!—«Hallarás adjunta una carta.» «Es de la nodriza de nuestra hija, quien nos amenaza con devolvérnosla bajo pretexto de que la debemos tres meses.» Qué modo de abusar!—Acaso tiene culpa el angelito?—«Anatolio, no orvides que me yevas en el bolsillo.»—Sobre el corazon sí que te llevo hace seis años!—Malhaya la hora en que me casé con ella!—Es claro; como soy tan débil de carácter... me humillé á su capricho. Como que todo el mundo hace de mí cuanto quiere! Es mi defecto! En fin, vamos á ver si me dan un cuarto. (Vase.)

ESCENA III.

GERTRUDIS, MARÍA, UN MOZO.

Mozo. Si les conviene á ustedes esta habitacion...

- GERT. Cualquiera.
- MOZO. Ah! tambien pueden ustedes almorzar en el jardin! Hay dos kioscos y hará más fresco. (Vásc.)
- GERT. Bueno. Ya avisaremos.
- MARIA. Me parece, mamá, que ya es tiempo de reflexionar un poco en nuestra situacion.
- GERT. Reflexionar? (Sentándose.) Pero si todo está reflexionado! ¿No hemos convenido en decir á tu padrino que estás casada?
- MARIA. Yo no sabré mentir así, mamá.
- GERT. Pues es preciso. Luégo lo confesaremos todo. Pero ántes hay que tomar precauciones... Ya sabes que Nicomedes, aunque es hombre excelente, tiene un genio de mil diablos! Y que es muy rico, por lo cual hay que estar muy bien con él.
- MARIA. De cualquier modo, lo que hacemos no me gusta! Engañarle así...
- GERT. Quieres que te desherede? Se trata de tu dicha, de tu porvenir... Acaso no recuerdas ya lo que ha pasado?
- MARIA. Sí tal! Sé muy bien que le dió la manía hace tiempo por casarme!;
- GERT. Y que desde Alcázar, en donde vive, nos propuso á un chico militar...
- MARIA. Sí, Mauricio! Le ví una vez y le dí calabazas.
- GERT. Entónces volvió á escribir que te casáras con el que tú eligieses; pero que el matrimonio tenía que efectuarse dentro de un año, ó de lo contrario te abandonaba. Qué hacer? El marido no venía. Ya no suelen venir, y tu padrino erre que erre, y vuelta con sus amenazas. El término llega: Nicomedes no desiste de su manía... Era preciso tomar un partido!
- MARIA. Y le escribe usted diciéndole: «Al fin se ha casado María.» Esto fué una locura.
- GERT. Como que me puso entre el yerno y la pared. Además, ya sabes que la intriga es mi fuerte! Yo me muero por las intrigas! Hay cosa más simple que irse derecha al bulto? No señor! Fantasía, mucha fantasía!

MARIA. Y si le hubiera dado á mi padrino la idea de ir á Madrid?

GERT. Tampoco me hubiera arredrado! Mi ingenio nunca se agota! Si hubiese ido á Madrid, otra intriga! Este es mi sistema! Tú sabes muy bien que nunca se mueve de Alcázar, y ademas, que le prometimos ir á visitarle, lo cual hacemos hoy con objeto de confesarle la verdad.

MARIA. Pues hay más que confesarla desde luego?...

GERT. No tal! Conozco á tu padrino y dicho así de sopeton, nunca nos perdonaría la falta! Luégo que eso sería muy vulgar!... Nada, nada! Cada general tiene su táctica. Si yo hubiese sido Napoleon no hubiese muerto en Santa Elena!

MARIA. Bueno; como usted guste.

GERT. Acuérdate bien que te has casado hace tres semanas, que tu marido es farmacéutico, que es rico, jóven y guapo, y que se llama Atanasio Gomez. Este nombre lo puede tener todo el mundo.

MARIA. El cuento es atrevido.

GERT. Bah! bah! Yo me atrevo á mucho más.

ESCENA IV.

DICHAS, un MOZO.

MOZO. Dispensen ustedes, señoras.

GERT. Qué quiere usted?

MOZO. Alguna de ustedes se llama doña Gertrudis Peral?

GERT. Sí señor, yo soy.

MOZO. Pues hace poco vino preguntando un caballero por ustedes, y como yo no sabía nada, no supe darle razon: entónces me dijo que me enterase mientras él recorría las otras fondas, pues estaba impaciente por encontrar á ustedes, temiendo que les hubiese ocurrido algo en el percance del tren.

GERT. Y ese caballero, dijo su nombre?

MOZO. Me dejó esta tarjeta!

- GERT. (Leyendo.) Cielos! Tu padrino!
MARIA. Es posible?
GERT. Y dice usted que se ha marchado?
MOZO. Volverá, puesto que no ha de hallarlas á ustedes en ninguna parte.
GERT. Pues avísenos usted en seguida.
MOZO. Descuide usted.

ESCENA V.

GERTRUDIS, MARÍA, luego ANATOLIO.

- GERT. Tu padrino aquí!
MARIA. Sin duda salió á recibirnos.
GERT. Preguntará por tu esposo; yo le escribí que nos acompañaba hasta Aranjuez y creerá encontrarlo aquí.
MARIA. Es verdad. Precisamente para conocerlo ha venido aquí mi padrino. Lo ve usted? El diablo lo ha enredado todo!
GERT. Qué compromiso, Dios mío!
ANAT. (Saliendo.) Chico, muchacho! Agua para lavarme. No he visto fonda peor servida.
GERT. Ah! qué idea!
MARIA. Eh?
GERT. Nos hemos salvado! Caballero...
ANAT. Señora...
GERT. Tengo que pedir á usted un gran favor.
ANAT. Usted dirá.
GERT. (He imaginado un plan soberbio que nos sacará del apuro. (Á María.)
MARIA. Cuidado, mamá, no nos enredemos más.
GERT. Ya sabes mi sistema, yo vivo de la intriga.)
ANAT. Hable usted, señora.
GERT. Hace poco nos ofreció usted sus servicios.
ANAT. Repito el ofrecimiento.
GERT. Dos palabras bastarán para poner á usted en autos. Esta jóven tiene un padrino que se ha empeñado en casarla.

- ANAT. Me parece bien.
- GERT. La dió de término un año. El año acaba de trascurrir; mi hija sigue soltera, pero como va en ello su fortuna, escribimos al padrino que se había casado.
- ANAT. Demonio!
- GERT. Contábamos con ganar tiempo...
- ANAT. Comprendido. Y qué pasa?
- GERT. Que el padrino acaba de llegar y nos hallamos en un gran apuro.
- ANAT. Y qué puedo yo hacer por ustedes?
- GERT. La proposición parecerá á usted extravagante, absurda, pero es el único recurso.
- ANAT. Diga usted.
- GERT. Quiere usted hacerme el favor de pasar por el marido de mi hija durante veinticuatro horas?
- MARIA. Jesús!
- GERT. No te asustes! Es fantasía pura!
- ANAT. Por el marido?... Entendámonos, señora, entendámonos.
- GERT. Conteste usted.
- ANAT. (Bonita proposición!) Debo decir á usted que soy casado, que mi mujer es muy celosa y que si pasado mañana no estoy de vuelta en Madrid, será capaz de venir á buscarme.
- GERT. Repito que esta farsa sólo durará veinticuatro horas, y cuando el padrino de María se halle presente...
- ANAT. Ya! Un marido nominal! Como los cupones de la Deuda)
- GERT. Pero no es eso sólo!
- ANAT. No seré sólo nominal?
- GERT. Es preciso que durante ese tiempo se haga usted odioso á los ojos de su padrino.
- ANAT. Eh?
- GERT. Si señor! Conviene que no pueda verle á usted ni pintado!
- MARIA. Pero á qué viene eso, mamá?
- GERT. No lo comprendes? Siéndole este caballero antipático á tu padrino, sentirá que te hayas casado con él, y cuan-

do sepa que no es tu esposo y que eres libre, lejos de desheredarte, se volverá loco de júbilo! Qué tal? He nacido ó no para la intriga?

ANAT. Ah! Vamos! Ya voy entendiendo.

GERT. Hágase usted odioso, caballero, se lo pide á usted una madre!

ANAT. Pero comprenda usted que esa idea es poco halagüena.

GERT. Hágase usted antipático! Estoy segura que lo conseguirá usted en seguida!

MARIA. Eso es imposible!

ANAT. El que yo me haga antipático?... Oh! Mil gracias, bellísima Maria!

MARIA. No, no! Que desempeñe usted ese papel!

ANAT. Verdaderamente me parece un poco arriesgado.

GERT. Pues bien, á cambio de ese riesgo ilusorio, le perdonaré á usted los siete meses que me adeuda.

ANAT. Qué oigo? Conque si acepto la proposición?...

GERT. Estamos en paz. Acepta usted?

ANAT. Señora, de ese modo paso yo por marido de todo el género humano!

GERT. Es decir que consiente usted?

ANAT. Pero en veinticuatro horas cómo voy á conseguir hacerme odioso?

GERT. Se inventan mil medios.

ANAT. Ya tengo uno.

GERT. Cuál?

ANAT. Pedirle dinero! No hay hombre más antipático que el que pide dinero.

GERT. Así es. Gracias, mil gracias! Mucho disimulo, hija mia! No te distraigas, eh?...

MARIA. Por supuesto, que ántes de salir de aquí mi padrino ha de saberlo todo!

GERT. Yo me encargo de decírselo. Pero te prohíbo que descubras nada por ahora. Se irritaría de un modo terrible! Es necesario que este caballero esté en sazón!...

NIC. (Dentro.) Pero por qué no me lo dijo usted ántes?

MARIA. Él es!

- GERT. Venga usted. Aguardaremos á que nos llame.
MARIA. Suplico á usted que la dispense semejante locura.
ANAT. Ah, señorita!... Crea usted que mi papel es muy agradable.
GERT. Vamos! De prisa. (Vánse.)

ESCENA VI.

NICOMEDES, MAURICIO.

- NIC. Un descarrilamiento! Y nosotros que veníamos tan tranquilos!...
- MAUR. Por fortuna no ha habido desgracias!
- NIC. Hombre, lo dices con un tono tan triste!...
- MAUR. No señor! Es mi tono ordinario!
- NIC. Pero qué te pasa? Por qué estás á ese tono? Aprieta las clavijas...
- MAUR. Y usted me lo pregunta? Usted que sabe mi desesperacion!... Por qué ha querido usted que le acompañe?... La vista de María me va á causar la muerte!
- NIC. Melodrama puro! Ven acá, pequeño Espronceda, ven acá. Si la chica no te ha querido; si te dió calabazas; si se casó con otro; ¿no es mucho mejor correr un vélo y no pensar más en ello?
- MAUR. Usted tiene la culpa!
- NIC. Yo? Mira, hijo: yo no tengo la culpa de que le parecieras un renacuajo.
- MAUR. Usted que la obligó á casarse dentro del año!...
- NIC. Porque así debía ser! Porque el porvenir de una chica no es otro! (Mirando á todos los cuartos.) Cuál de estos cuartos será el de los muchachos?
- MAUR. Aguarde usted!
- NIC. Qué quieres?
- MAUR. Vuelvo.
- NIC. Pero dónde vas?
- MAUR. Al jardín á tomar el aire.
- NIC. Mauricio!...

- MAUR. Déjeme usted. Deje usted que desahogue mi destrozado corazón! (Váse.)
- NIC. Pero qué por lo sensible le ha dado! Yo creo que lo mejor es no andarse por las ramas... Gertrudis!... María!... Atanasio!... (Llamando.)

ESCENA VII.

DICHO, GERTRUDIS, MARÍA, luego ANATOLIO.

- MARIA. Padrino! Padrino!
- NIC. Ven acá, muchacha!
- GERT. Nicomedes!...
- NIC. Está más guapa y más robusta. Parece imposible como desarrolla el matrimonio!
- MARIA. Padrino!
- NIC. Pero dónde está tu esposo? Ya estoy deseando conocerle.
- GERT. (Llamando.) Atanasio!... Estaba vistiéndose. Atanasio!...
- ANAT. Quién me llama?
- NIC. Ven acá, pillastre!
- ANAT. Padrino de mi alma!
- NIC. Aprieta! (Abrazándole.)
- ANAT. Padrino mio de mi corazón!
- NIC. Basta, hombre, basta! Que me estrujas! Es muy guapo! Un poquito gordinflon, pero es muy guapo!
- ANAT. Usted por aquí?
- NIC. Quise salir á recibirlos.
- ANAT. Cuánto me alegro!
- NIC. Conque es decir que estais en la luna de miel?
- ANAT. Ya lo creo! En la luna llena!
- NIC. Qué buen bocado pescastes!
- ANAT. Uf! Bocato di cardinali.
- NIC. Qué te pasa? Pareces... embobada. (Á María.)
- MARIA. Yo?...
- GERT. No lo creas! La sorpresa!... Como no esperaba verte!...

- NIC. Será aprension; pero se me figura que os encuentro frios.
- GERT. (Niegue usted!) (Á Anatolio.)
- ANAT. (Qué niegue?) Frios? Nosotros frios? Pues si somos dos ascuas... (La verdad es que ya tengo la cabeza caliente.)
- NIC. Pues anda con tu mujer, zanguango! (Empujándole hácia María.) Acércate y dala un abrazo.
- ANAT. Sí, señor, aunque sean dos. (Va á abrazarla.)
- MARIA. Caballero!... (Retrocediendo.)
- NIC. (Caballería tenemos? Malo! Malo!... Aquí hay algo.)
- MARIA. (El caso es que no sé qué decir!)
- NIC. (Yo averiguaré si son felices!) Vaya, has almorzado, hija mia?
- MARIA. Todavía no.
- NIC. Y tú?
- ANAT. Ya lo hice.
- NIC. Eh?
- ANAT. (Torpe!)
- NIC. Ah! (No comen juntos! Qué! pronto me dió en la nariz!! Pues voy á mandar que dispongan lo necesario. Hasta luégo. (Serán desgraciados? Yo sabré quién tiene la culpa!) (Váse.)

ESCENA VIII.

DICHOS, ménos NICOMEDES.

- GERT. Muy bien! Hace usted su papel perfectamente!
- ANAT. Quiere usted que acentúe más?
- MARIA. No, no!
- ANAT. Como dude, acentúo!
- GERT. Vaya, ven conmigo. Es preciso no perder tiempo. Tengo que hablarle de usted pestes al padrino.
- ANAT. Qué papel tan agradable se me prepara!...
- GERT. Ah, caballero! Mi situacion es muy extraña!
- ANAT. Más extraña es la mia!

- MARIA. Trate usted de hacerse odioso cuanto ántes.
ANAT. Eso es facilísimo.
GERT. (Ya estoy en mi centro, porque la intriga me deleita. Si yo fuese hombre, una de dos: ó me habían fusilado, ó era ya presidente del consejo de ministros. (Vánse las dos.)

ESCENA IX.

ANATOLIO, solo.

Pues señor, el papel de semejante esposo tiene todos los perjuicios y ninguna ventaja. Pero siete meses de casa valen la pena de semejante sacrificio. Así como así, ese viejo me carga, y si la cosa se enreda, no me disgustaría arrimarle un puntapié. Oh! Asuncion! Asuncion! Si me vieses casado en segundas nupcias, qué de arañazos me habías de dar! Dónde habré puesto la carta de la nodriza? Aquí está!... Aprovechemos este momento para escribir á mi mujer. Si mañana no recibe carta, será capaz de cualquier cosa. (Se sienta cerca del velador y deja encima la carta de la nodriza.) «Idolatrada Asuncion!» (Escribiendo.)

- NIC. (Sale por el foro y se detiene al ver á Anatolio.) (He adquirido datos. Segun me ha dicho un mozo de la fonda, ni aún parecían marido y mujer en su manera de tratarse. Cuál será el culpable? (Viéndole.) Ah! Allí está!)
- ANAT. «Cuando descarrilamos creí que no te volvería á ver.» Y es verdad! Fué mi único consuelo!
- NIC. (Á quién escribe?... Si pudiese atisbar...) (Se acerca de puntillas. Anatolio vuelve la cara, se levanta precipitadamente y guarda la carta empezada.)
- ANAT. Ah!
- NIC. Hola! Estabas aquí? (Ha ocultado sus papeles.)
- ANAT. Sí señor. Y qué? (Empecemos á hacermelo odioso!)
- NIC. Estábamos de correspondencia?
- ANAT. Cada uno escribe cuando le da la gana. (Me parece que no puedo estar más grosero!)

- NIC. Justo. Lo mismo digo yo cuando me interrumpen. Pero sin duda has olvidado guardar este papelito. (Cogiendo la carta de la nodriza.)
- ANAT. (La carta de la nodriza!)
- NIC. (Aunque peque de indiscreto yo he de saber...) Hombre, qué letra tan bonita!... (Leyendo.) «Su hijo de usted acaba de echar su primer diente.» Eh? Su hijo? Tienes un hijo á las tres semanas de casado?
- ANAT. Qué quiere usted, yo soy así!
- NIC. Pues eres de un modo que no he visto nunca!
- ANAT. (Bravo! Ahora sí que va á odiarme!)
- NIC. «Hace tres meses que aguardo en vano mi salario. Ninguna nodriza tendría tanta paciencia.» Tres meses! Ah! Ya comprendo! Hé aquí explicada la causa del disgusto! María sabrá la existencia de este niño! Hable usted, caballero: hable usted.
- ANAT. Pues bien! No lo niego! Ese niño existe. (Seamos énicos!)
- NIC. Hombre! Me gustas por lo franco! Otro hubiera negado hipócritamente! Tú confiesas tu falta con nobleza! Eso aumenta mi simpatía!
- ANAT. (Canario!)
- NIC. Vamos á ver: cuéntamelo todo. Vive la madre?
- ANAT. Sí señor.
- NIC. Cómo! Y viviendo la madre te has atrevido á casarte con mi pupila?
- ANAT. (Ya se irrita!) Pues ahí verá usted!
- NIC. Esa frase denota la energía de tu carácter. Prefiero que seas así!
- ANAT. (Pues señor, de todas maneras le gusto!)
- NIC. Pero, en fin, si todo concluyó entre vosotros, es necesario que María te perdone. Intercederé con ella.
- ANAT. No señor. No interceda usted!
- NIC. Por qué razon?
- ANAT. Porque no soy digno del amor de su ahijada!
- NIC. Que no eres digno?
- ANAT. (Ya encontré el medio!) No señor! Mi carácter es vio-

lento, injusto, terrible! Las pasiones me dominan! Soy uno de esos seres desheredados que se agitan en la sociedad, sin apoyo de nadie. Vivo entregado al vicio, del cual no puedo huir aunque trate de hacerlo! Es inútil! No interceda usted! Ya no puedo corregirme. Bajé la cuesta de la perdicion, y pronto iré á parar al abismo! (No se puede decir más!)

NIC. (Muy conmovido saca el pañuelo: contempla con dolor á Anatolio y llora.) Infeliz!

ANAT. Eh?

NIC. Eres un desgraciado! Tu franco lenguaje me conmueve y aumenta hácia tí mi cariño.

ANAT. (Caracoles!)

NIC. Yo le hablaré á María, y entre los dos sacaremos tu alma á flote.

ANAT. (Ah! qué idea!) María? Esa coqueta?

NIC. Cómo?

ANAT. Sí señor! Sépalo usted! Es una coqueta!

NIC. Mentira! Eso sí que no lo consiento! María es un ángel!

ANAT. (Soberbio!) Repito que es una falsa, una mujer sin corazón!

NIC. Ea! Basta! Semejante malicia te rebaja mucho á mis ojos.

ANAT. (Magnífico!)

NIC. Y si persistes en ello llegaré á odiarte!

ANAT. (Sublime!)

NIC. María una coqueta?... Dónde está la prueba? Dónde?

ANAT. Si usted la viese aceptar las galanterías del primero que la habla?...

NIC. Falso! Mira, ó me das una prueba ó nos veremos las caras! Te advierto que aunque parezco manso, cuando me incomodo soy terrible!

ANAT. Me tiene sin cuidado!

NIC. Cállate! (Va al foro.) A propósito, la ocasion se presenta.

ANAT. Eh?

NIC. Aquí viene mi ahijada con Mauricio.

ANAT. Quién es Mauricio?

NIC. Quien no te importa. Ahora vamos á ocultarnos allí. Voy á probarte que María no coquetea con nadie.

ANAT. (No es otro mi deseo.) Corriente.

NIC. Te voy á confundir! Ven acá, ven acá!

ANAT. (Eso es lo que yo quiero. Que me creas un calumniador.) (Se ocultan entre las cortinas del cuarto primero de recha.)

ESCENA X.

MARÍA, MAURICIO.

MARIA. Pase usted, ya vendrá mamá. Creí que estaba en el jardín y por eso bajé...

MAUR. Hallándome á mí en cambio.

MARIA. Ignoraba que hubiese usted venido con mi padrino.

MAUR. Sí, señorita. Digo, sí señora. Dispense usted. No puedo acostumbrarme á la idea...

MARIA. (Cómo ha cambiado! Ahora está mucho más guapo!)

MAUR. Desde hace dos años que nos vimos en Madrid. Se acuerda usted?...

MARIA. Sí, sí! (Cuando le dí calabazas!)

MAUR. No he dejado de pensar en usted un sólo instante.

NIC. (Ya verás cómo le contesta!) (Á Anatolio.)

MARIA. De veras? Ha pensado usted en mí? (Muy alegre.)

NIC. (Pues parece que le gusta!)

MAUR. Oh! Siempre! La amaba á usted tanto! tanto!...

MARIA. (Pobrecillo!)

NIC. (Y no le manda callar!...)

ANAT. (Á que tengo la desgracia de haber acertado?)

MARIA. Desde entonces abandoné la milicia y me vine á vivir cerca de su padrino de usted, á quien amo como un hijo.

MARIA. Será posible?

MAUR. Por qué no es usted todavía señorita?

MARIA. (Y no poder confesarle...)

MAUR. Por qué existe entre ambos esa barrera insuperable?

MARIA. No se aflija usted. Aún podemos consagrarnos una

- amistad sincera y profunda!
- NIC.** (Canario!)
- MARIA.** Tenga usted esperanza, amigo mio!
- NIC.** (Cielos! es una coqueta! Tú llevabas razon!)
- ANAT.** (Maldita casualidad!)
- MARIA.** Quién dice á usted que circunstancias excepcionales!... en fin... bástele á usted saber que este matrimonio ha sido necesario, indispensable para mi tranquilidad y mi porvenir...
- MAUR.** Qué dice usted?
- NIC.** (Oh! qué revelacion!)
- MARIA.** Ni una palabra más! No desespere usted. Tenga usted confianza y espere usted.
- NIC.** (Saliendo furioso.) ¡Rayos y centellas!!
- MARIA.** Ah! (Dando un grito y metiéndose en el cuarto primero izquierda.)
- MAUR.** Don Nicomedes!...
- NIC.** Eche usted á ese muñeco! (Á Anatolio.)
- ANAT.** Yo?
- MAUR.** (Lo ha escuchado todo!)
- NIC.** Dele usted un puntapié! Yo lo mando!
- ANAT.** Como usted guste. (Le da un puntapié.)
- MAUR.** Caballero!
- NIC.** Márchate!
- MAUR.** Nos veremos! (Sale corriendo por el foro y tropieza con Gertrudis que entra al mismo tiempo.)
- GERT.** Bárbaro!
- NIC.** Todo me lo explico!
- GERT.** Qué dices?
- NIC.** Fuera de aquí! (Furioso.)
- GERT.** Ay! (Da un fuerte grito y se marcha por la izquierda.)
- ANAT.** Calma, calma; mucha calma!
- NIC.** Seducida! Ha sido seducida!
- ANAT.** (Aprieta!)
- NIC.** Un matrimonio indispensable para su tranquilidad. Esto es claro! Ese niño es suyo. Es decir, vuestro.
- ANAT.** (Qué atrocidad!)

- NIC. La infame se dejó seducir!
ANAT. Hombre, no!
NIC. Y se casó por ocultar su falta! No la disculpes. Tú eres bueno en el fondo!
ANAT. Oiga usted, caramba!
NIC. Déjame! Todo me lo explico!... (Váse por la puerta del foro.)

ESCENA XI.

ANATOLIO, GERTRUDIS, luego MAURICIO.

- ANAT. Ira de Cristo!
GERT. Pero qué ocurre? Por qué se ha incomodado?
ANAT. Por qué? Porque ha empezado á enredarse la intriga como yo temía.
GERT. Pues ese es mi sistema.
ANAT. Y si no fuera por los siete meses...
GERT. Adelante! No tema usted. Todo marcha viento en popa! (Váse.)
ANAT. Creo que me he metido en mal lío!..
MAUR. Me dará usted una satisfaccion!
ANAT. Por qué?
MAUR. Yo no recibo puntapiés de nadie!
ANAT. Esta es otra!
MAUR. Aguárdese usted aquí! Le mandaré á usted mis testigos. (Váse.)
ANAT. Un desafio?... Esto sí que no lo aguanto! Ahora mismo cojo el primer tren y que se las arreglen como puedan.

ESCENA XII.

DICHO, ASUNCION.

- ASUNC. Anatolio! (Saliendo.)
ANAT. (Mi mujer!) (Queda inmóvil.)
ASUNC. Gracias, Dios mio! No se ha roto nada!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Jardin. Á derecha é izquierda dos kioscos. Dentro de cada uno una mesa servida para comer. Tambien hay otras mesas en el centro y en los costados del jardin.

ESCENA PRIMERA.

ANATOLIO, ASUNCION.

ANAT. ¿Pero quieres decirme cómo te hallas en Aranjuez?

ASUNC. Muy sencillo. Cuando te marchaste quedé anegada en llanto en la estacion. Comprendí entónces que no me era posible permanecer separada de tí, y tomé un billete para el tren que una hora despues debía salir para Alcázar. Al llegar á Aranjuez supimos el percance, y me dijeron que en esta fonda encontraría algunos viajeros.

ANAT. Ah! vamos! ahora lo comprendo.

ASUNC. Pero á qué hemos bajado aquí? Por qué no hemos permanecido arriba?

ANAT. Porque esto es más fresco y más espacioso (y no es fácil que nos sorprendan.)

ASUNC. Me parece que te domina una excitacion nerviosa algo pronunciada.

ANAT. Á mí? No lo creas.

- ASUNC. Noto en tu mirada un no sé qué de aturdimiento inverosímil...
- ANAT. Yo te diré: primero el percance del ferro-carril. Cuando uno descarrila, no se puede estar quieto en dos tres días, y luego la sorpresa de tu llegada...
- ASUNC. Dime: con quién hablabas arriba cuando yo llegué?
- ANAT. Cuando tú... (Pensando.)
- ASUNC. Sí. Oí muchos gritos y un gran ruido.
- ANAT. Ah! Ya me acuerdo. Con el mozo.
- ASUNC. Nada más?
- ANAT. Aguarda. (Pensando.)
- ASUNC. Pues estoy segura de haber oído la voz de una mujer!
- ANAT. Es verdad!
- ASUNC. Quién era esa mujer? Sin turbarse!
- ANAT. Bah! Una compañera de viaje. (Si le digo la verdad, mueve un escándalo y adios mi dinero.)
- ASUNC. Y por qué te has hospedado en la misma fonda que ella?
- ANAT. Por... por...
- ASUNC. Pronto.
- ANAT. Por fuerza.
- ASUNC. Cómo por fuerza?
- ANAT. Porque no hallé otra.
- ASUNC. Y esa mujer, por qué gritaba? Vea mos.
- ANAT. (No ceja. Nunca ceja!)
- ASUNC. Anatolio, cuidado con engañarme. Por qué gritaba?
- ANAT. Porque gritaba?
- ASUNC. Sí.
- ANAT. Porque sufría mucho!
- ASUNC. Ah! era una enferma!
- ANAT. Justo! Como soy médico oculista... no tuve más remedio... Fué una víctima del descarrilamiento! La desgraciada resultó con una catarata en el ojo izquierdo y con gota serena en el derecho.
- ASUNC. (Este hombre me engaña! Disimulemos!)
- ANAT. Conque vámonos á la estacion!

ASUNC. Sin descansar! Sin tomar nada! No, no! Ante todo es preciso almorzar. Has almorzado?

ANAT. No. (Almorzaré dos veces.)

ESCENA II.

DICHOS, un MOZO.

MOZO. Señorito!...

ANAT. Qué quieres?

MOZO. Almuerza usted tambien con la familia?

ASUNC. Con qué familia?

ANAT. Calla, animal!

ASUNC. Qué familia es esa?

ANAT. La de la catarata, mujer! La familia de la catarata! Por ese nombre la conocen aquí! (Al Mozo.) No. Diga usted que no me es posible.

ASUNC. Mozo, sírvanos usted un almuerzo en seguida.

ANAT. En la estacion. Almorzaremos allá!

ASUNC. Estoy muy cansada. Hay tiempo!

ANAT. Bueno! Pero en el kiosko! Á la sombra... Estaremos entre la enramada como dos ruisseñores.

MOZO. Voy volando. (Váse.)

ANAT. Ven! Siéntate aquí dentro. (De este modo no es fácil que nos vean.)

ASUNC. (Pobre de él si me engaña.) (Entran en el kiosko de la izquierda. El mozo les sirve el almuerzo.)

ESCENA III,

DICHOS, NICOMEDES, MARÍA, por el foro.

Nic. Aquí podemos hablar sin que nadie nos interrumpa. Y supuesto que ni tu marido ni Gertrudis tienen, por lo visto, apetito, almorzaremos solos. He dispuesto la mesa en aquel cenador.

MARIA. Como usted guste, padrino.

- NIC. Sentémonos. (Entran en el kiosko de la derecha y se sientan.)
- ANAT. No tienen mala cara estas chuletas! (Sirviendo á su mujer.)
- NIC. Ajajá! Ahora tratemos un momento de tí y de tu marido. (Sirviéndose.)
- MARIA. (Dios mio!)
- ANAT. (Si me buscarán! La impaciencia me devora.)
- NIC. Ante todo, tengo que reñirte severamente.
- MARIA. Á mí, por qué?
- NIC. Tu esposo se queja de tu carácter.
- MARIA. Eh?
- NIC. Dice que eres una coqueta sin corazón!
- MARIA. Cómo! ese hombre se ha atrevido?...
- NIC. «Ese hombre.» «Ese hombre!» Habla de él con más respeto! Así como así sus quejas tienen razón de ser.
- MARIA. Padrino!
- NIC. Sí señor. Tu esposo tiene muy buen fondo, y la prueba es que hoy mismo, hace media hora, se ocupaba con interés del niño.
- MARIA. Del niño?
- NIC. Mira, te prevengo que sé toda la historia, conque no te hagas de nuevas.
- MARIA. (Sin duda han inventado otro enredo.)
- NIC. Del niño, sí señor, de ese ser desventurado, á quien criais de ocultos hace tres meses.
- MARIA. Vamos, esto no puede seguir así.
- NIC. Y tanto! Es necesario poner término á vuestros disgustos. Ese imbécil no ha traído agua.
- ANAT. (Si pudiera escurrirme!... Temo que me busquen de un momento á otro.)
- NIC. En estas mesas hay botellas.
- ANAT. Aguarda.
- ASUNC. Dónde vas?
- ANAT. Por un cuchillo.
- ASUNC. Ya lo traerán.
- ANAT. Por aquí debe haber. (Niomedes y Anatolio salen de los kioscos y se encuentran en medio de la escena.)

- LOS DOS. Ah!
- NIC. Hombre!
- ANAT. (Maldito seas!)
- NIC. Nos buscabas, eh?
- ANAT. Chist!...
- NIC. Llegas á tiempo.
- ANAT. Chist!
- NIC. Allí está tu mujer.
- ANAT. Vuelvo.
- NIC. Eh! Quieto! (Cogiéndole.) Dónde vas? Acaso quieres huir de María?
- ANAT. Dispense usted.
- NIC. Ven acá. (Haciéndole entrar en el kiosko de la derecha.)
- ANAT. ¡Ay! Si no fuera por los siete meses!
- NIC. Aquí lo tienes! nos andaba buscando por el jardín.
- ANAT. (Como mi mujer se aperciba se hunde el firmamento!)
- NIC. Pues mi pupila y yo hablábamos del niño.
- ANAT. Del niño! Ah! Sí, es verdad!
- MARIA. (Qué niño es ese?)
- ANAT. (Un mamon cualquiera; calle usted!)
- NIC. Qué decíais?
- ANAT. Nada! Adelante!
- NIC. Vuestra conducta ha sido muy censurable!
- MARIA. Pero padrino, si yo...
- NIC. Muy censurable! Engañarme así. Eso no lo perdono! Podré dispensar cualquier cosa, pero que me engañen nunca!
- ANAT. (Aprieta!)
- MARIA. (Y quién le dice ahora?...)
- NIC. Si yo supiera que me engañábais, á tí te abandonarí para siempre, y á este... á este le hacía pedacitos.
- ANAT. (María Santísima!) (Levantándose.)
- ASUNC. Pero dónde habrá ido?
- NIC. Siéntate.
- ANAT. No. Deje usted.
- NIC. Qué tienes? Buscas algo?
- ANAT. (Ah! qué ideal!) Sí; el pañuelo; me he bajado sin pa-

- ñuelo. Vengo en seguida.
- NIC. (Qué turbacion!)
- ANAT. No se muevan ustedes. No tardo nada. (Sale corriendo y entra en el kiosko de la izquierda.)
- NIC. (Decididamente á este hombre le pasa algo.)
- ASUNC. Gracias á Dios! De dónde vienes?
- ANAT. De buscar el cuchillo.
- ASUNC. Pero no lo traes?
- ANAT. (Qué torpeza!) Te diré! Como no hay en toda la casa un cuchillo que corte, están afilándome uno.
- ASUNC. De veras? (Cuando digo que aquí hay misterio!)
- NIC. (Á dónde habrá ido á buscar el pañolito?)
- MARIA. Qué tiene usted, padrino?
- NIC. Nada. Espera un poco. (Aquello tuvo todas las trazas de un pretexto para dejar la mesa.) (Nicomedes sale en medio del teatro, mira á derecha y á izquierda y ve á Anatolio almorzando con su esposa, y en el momento en que la abraza y la besa la mano.)
- ANAT. Vamos! no seas celosa! Si sabes que te amo con delirio!
- NIC. Zambomba!
- ASUNC. Todos los hombres son iguales.
- NIC. Aquí mismo. Á dos pasos de su mujer! Bien decía! Sus pasiones le arrastran. No puede huir del vicio!... Cuán digno es de lástima!
- ANAT. Voy á preguntar á la hora que sale el tren!
- ASUNC. Pero no tardes, eh?
- NIC. Y le tutea! (Escuchando.) Es claro! Será una... cualquier cosa!
- ANAT. No tardo nada. (Sale del kiosko.)
- NIC. Quieto aquí! (Cogiéndole.)
- ANAT. El diluvio!
- NIC. Silencio... María! (Llamando.)
- ANAT. Pero...
- NIC. Silencio!... Que no entienda nada!
- MARIA. Llamaba usted? (Saliendo.)
- NIC. Dé usted el brazo á su esposa.

- ANAT. Mas...!
- NIC. Lo exijo!
- ANAT. (Si no obedezco, mueve un escándalo.)
- NIC. Ahora márchense ustedes.
- MARIA. Y bien! Ha conseguido usted algo? (Á Anatolio.)
- ANAT. Cada vez me quiere más. Su padrino de usted es de guta-percha. (Vánse.)
- NIC. (Viéndolos alejarse.) Si no se les dirige con mano fuerte no hay salvacion para él... Despachemos ahora á esta intrusa. Salga usted, señora. (Acercándose al kiosko.)
- ASUNC. Eh?
- NIC. Salga usted.
- ASUNC. Quién será? (Saliendo.)
- NIC. ¡Jé! ¡jé! (Mirándola frente á frente.)
- ASUNC. Caballero!
- NIC. ¡Jé! ¡jé! (Qué fea es la maldita!)
- ASUNC. Caballero!
- NIC. Conoce usted íntimamente á la persona con la cual estaba usted ahí hace un momento?
- ASUNC. Pero esa pregunta...
- NIC. La conoce usted?
- ASUNC. Muy íntimamente, sí señor.
- NIC. (No hay duda!) Pues bien, usted se engaña.
- ASUNC. Eh?
- NIC. Que no la conoce usted íntimamente.
- ASUNC. Cómo que no?
- NIC. Sepa usted que ese jóven es casado.
- ASUNC. Ya lo sabíamos. Y qué?
- NIC. (Vaya un descoco!) (Despues de admirar la respuesta.) Usted misma puede ser juez. Cómo calificaría usted la conducta de un hombre casado, que aquí mismo, ante las barbas de su mujer,—suponiendo que su mujer tuviese barba,—le hace el amor á otra?
- ASUNC. Qué? Á otra? Explíquese usted. Ya tenía yo mis sospechas. Quién le ha dicho á usted eso?
- NIC. Nadie. Lo he visto yo mismo.
- ASUNC. Ah! infiel!... ah! falso!... ah! perjuro!... Ya estoy ner-

- viosa! Ya estoy deseando arañar!... (Nicomedes retrocede.)
- Nic. Usted debe renunciar á ese miserable!
- ASUNC. Renunciar yo! yo? (Con mucho descaro.)
- Nic. Usted, sí señora; usted. (Imitándola)
- ASUNC. Y usted se figura que voy á dejarle en los brazos de una rival?
- Nic. (Pues no se atreve á llamar rival á mi pupila!) Señora, señora!
- ASUNC. Antes que abandonarle, le ahogaría; ¿está usted?
- Nic. Pero con qué derecho? Sepamos!
- ASUNC. Con qué derecho? Pues es flojo! No sabe usted que ese hombre es el padre de mi hijo?
- Nic. Otro? Ya son dos!...
- ASUNC. No señor, uno!
- Nic. Dos renacuajos!...
- ASUNC. Le digo á usted que uno.
- Nic. Bueno! Este uno, y el otro, otro!
- ASUNC. El otro? Acaso tiene otro hijo?
- Nic. Lo ignoraba usted?
- ASUNC. Imposible!
- Nic. Y por qué?
- ASUNC. Porque no puede ser.
- Nic. Pero por qué no ha de poder ser, señora? ¡Si hay peon de albañil que tiene siete!
- ASUNC. Ay, la cabeza me da vueltas! Ahora mismo voy á saberlo todo. Esto no ha de quedar así.
- Nic. Pero, oiga usted!
- ASUNC. Repito que no quedará así. (Váase.)
- Nic. Eh! Andrómaca! Medea! Señora!... Nada! No me oye! Esa infeliz va á ser víctima de su furia. Ah! Gertrudis! (Viéndola salir.) Ven acá, ven acá, madre desventurada!

ESCENA IV.

DICHO, GERTRUDIS.

- GERT. Qué ocurre?
NIC. Friolera!
GERT. (Habré logrado mi deseo?)
NIC. Tú sola eres la responsable!
GERT. De qué?
NIC. La conducta de tu yerno es inícuca!
GERT. Ya lo sé; daría cualquier cosa por romper esa boda.
NIC. Ya no... De ningun modo! Ese hombre es más desgraciado que culpable, y yo le quiero como á un hijo.
GERT. (Pues estamos frescos!)
NIC. Además, ¿qué sería entónces de ese niño?
GERT. Eh? (Sin comprender.)
NIC. Atanasio no paga hace tres meses. La nodriza amenaza con devolverlo.
GERT. Qué nodriza?
NIC. La que está criándolo?
GERT. Á quién? Á Atanasio?
NIC. No! Á tu nieto!
GERT. Yo tengo un nieto? (No sabía nada.)
NIC. Naturalmente! Siendo hijo de María!..
GERT. De María?
NIC. Y de su esposo! Claro está.
GERT. (Otra intriga! (Muy alegre.) Es otra intriga!)
NIC. Pues es preciso recoger ese niño.
GERT. Eso mismo creo yo.
NIC. En cuanto al otro, nada tenemos que ver.
GERT. Qué otro?
NIC. El segundo hijo de Atanasio!
GERT. Ah!... son dos!..
NIC. Se conoce que quiere perpetuar la raza.
GERT. No comprendo.
NIC. Chist!... Aquí mismo le he sorprendido con la madre...

- Qué angustias, Dios mio! Qué angustias!
- GERT. Con la madre Angustias?
- NIC. No! Quiero decir qué apuros! Mi pupila estaba allí, á dos pasos, y mi afan era que no los viese...
- GERT. Ah!
- NIC. Tú ignorabas esto, verdad?
- GERT. (Y lo otro!) Completamente.
- NIC. Se conoce que os ha seguido hasta aquí.
- GERT. Quién?
- NIC. Esa mujer!...
- GERT. Esa... (Qué mujer será esa?)
- NIC. Yo la he dicho la verdad. Ahora es necesario que hables con tu yerno, y que le obligues á tener carácter.
- GERT. Sí, sí. (Con eso me enterará de lo que no comprendo.)
- NIC. Á María ni una palabra!
- GERT. No temas nada.
- NIC. Anda, busca á ese desgraciado!
- GERT. Al momento! (Dos intrigas! Fantasía! Fantasía!) (Váase muy alegre.)

ESCENA V.

NICOMEDES, luego ANATOLIO.

- NIC. Ese pillastre nos va á sacar el sol de la cabeza!
- ANAT. (He dejado á María y vengo á ver si mi mujer.. Uí!...)
(Viendo á Nicomedes.)
- NIC. Otra vez aquí? Y tu esposa?
- ANAT. Cuál?
- NIC. Cómo cuál?
- ANAT. Digo! Arriba. El paseo la fatigaba.
- NIC. Ven acá, hombre sin pudor y sin conciencia!
- ANAT. Eh? (Creo que al fin se irrita.)
- NIC. Conque es decir, que ni aun respetas tu posicion? Conque es decir que engañas á tu esposa con el descaró más inaudito.
- ANAT. Ya le dije á usted que estaba en la masa de mi sangre.

- NIC. Pues hijo mio, tienes una masa muy espesa.
ANAT. Y su pupila de usted va á ser muy desgraciada, si señor, y valía mucho más que no me hubiera casado con ella. No cree usted que valdría mucho más?
- NIC. Yo estoy seguro que sabrás rehabilitarte.
ANAT. No me rehabilito! Créame usted!
NIC. Pero no ves, desgraciado, que cada minuto que pasa me interesas más?
- ANAT. (Pero por qué no me aborrecerá este hombre?)
NIC. Escucha. Todo puede arreglarse. Acabo de hablar con ella.
ANAT. Con quién?
NIC. Con la madre de tu segundo hijo.
ANAT. Cómo mi segundo?
NIC. Ó tu primero, yo no sé.
ANAT. (Habló con Asuncion.)
NIC. No me anduve por las ramas, y en dos palabras la puse en autos.
ANAT. En autos... de qué?
NIC. Hombre, de qué había de ser? De tu casamiento.
ANAT. Cielos! Usted la ha dicho!...
NIC. Que debía abandonarte para siempre.
ANAT. Ira de Dios!... (Dándole un pisoton.)
NIC. Ay! me has deshecho un pie.
ANAT. Me alegro!
NIC. No te apures: esto no es nada.
ANAT. Márchese usted. (La ira empieza á cegarme.)
NIC. (Comprendo que tiene un carácter endemoniado, pero denota un valor salvaje!)
ANAT. Hombre, márchese usted!
NIC. Bueno, adios! Ya veo la lucha meral que estás sosteniendo. Adios, hijo mio, adios! (Dándole la mano muy conmovido y váse.)

ESCENA VI.

ANATOLIO, luego ASUNCION.

- ANAT. Imposible! No se puede luchar contra la naturaleza!
- ASUNC. Pero dónde se ha metido ese hombre?
- ANAT. Asuncion!
- ASUNC. Ah! Estás aquí? Marido infame! Ya me han contado tus trapisondas! Tus enredos!
- ANAT. Que no la armemos, Asuncion! Escucha, pero no arañes!
- ASUNC. Qué niño es ese? Qué mujer es esa?
- ANAT. Todo voy á explicártelo. Calma, sosiego y déjame hablar.
- ASUNC. Cuidadito con engañarme!
- ANAT. Chist! Aquí donde me ves estoy procurando por nuestro bienestar y nuestra fortuna.
- ASUNC. Cómo es eso?
- ANAT. Si consigo hacerme odioso á los ojos de ese viejo que hace poco te habló, nos perdonan los siete meses de casa que no hemos pagado.
- ASUNC. Eh?
- ANAT. Sí. Contrato verbal realizado con la propietaria. Yo paso por el marido de su hija.
- ASUNC. Jesús!
- ANAT. No te asustes, porque la cosa no trae malicia.
- ASUNC. Cómo que no?
- ANAT. Porque soy un marido de pega.
- ASUNC. Justo! Y me la pegas á mí!
- ANAT. No, mujer! Te lo juro por lo más sagrado. Y la prueba es que si quieres ahora mismo lo descubro todo.
- ASUNC. No, no! Siendo así no te culpo.

ESCENA VII.

DICHOS y GERTRUDIS.

- GERT. Qué hay, señor de Ramirez?
- ANAT. Ah! Me alegro que llegue usted. Tengo el gusto de presentar á usted á mi esposa.
- GERT. Su esposa?
- ANAT. Nuestra casera. (Sé amable!) (Á Asuncion.)
- ASUNC. Como está usted, señora? (Besándola con afan.) Y la familia? Y los niños? Cuánto me alegro conocer á usted.
- ANAT. Es un ángel! Don Nicomedes me sorprendió aquí con ella, y...
- GERT. Ah! Vamos! (Ahora comprendo por qué me dijo aquello!) Pero diga usted, no ha conseguido usted nada?
- ANAT. Nada. Ese hombre me adora.
- GERT. Parece imposible!
- ANAT. Gracias!
- GERT. Pues ahora más que nunca es preciso que le odie á usted.
- ANAT. Por qué razon!
- GERT. Porque mi hija no mira á Mauricio con malos ojos. Acabamos de revelárselo todo, y se ha vuelto loco de alegría.
- ANAT. Hay más que descubrir á don Nicomedes...
- GERT. No señor. Tendríamos un disgusto! Es preciso que aparezca usted casado con dos mujeres.
- ANAT. Un bigamo!
- GERT. (Á Asuncion.) Usted nos ayudará.
- ASUNC. Con qué objeto?
- GERT. De este modo el padrino se verá en un gran apuro, y cuando yo descubra que María es libre, lejos de incomodarse, se alegrará. Qué intriga, eh?
- ANAT. No está mal pensado.
- GERT. Silencio! Él es! Empecemos la farsa.—Y tiene usted va-

- lor de confesarlo? (Á Anatolio alzando la voz.)
ANAT. El qué he confesado yo?
GERT. La bigamia, hombre, la bigamia.
ANAT. Ah! sí! Lo confieso! Soy un bigamo de siete suelas.

ESCENA VIII.

DICHOS, NICOMEDES.

- NIC. Qué oigo?
GERT. Si tú supieses!...
NIC. Qué ocurre?
GERT. Este hombre es un mónstruo!
ANAT. Soy un mónstruo, caballero!
NIC. Pero qué pasa?
GERT. Friolera! Que está casado con dos mujeres!
NIC. Caracoles!
GERT. Hé aquí la primera.
NIC. Ésta?
ASUNC. Sí señor. Y que no cedo mis derechos!
NIC. Gran Dios!
GERT. (Lo ve usted? Ya se espanta.) (Á Anatolio.)
NIC. Casado con dos... mujeres!
GERT. Te inspira horror su conducta?
NIC. Me inspira piedad! (Llorando.) Pues si es una y no se la puede sufrir, qué será verse con dos?
GERT. Qué hacemos? Cómo salir del compromiso en que es hombre nos coloca?
ANAT. Cómo? Yo lo diré. Anulando mi segunda boda.
NIC. Jamás!
GERT. Eh?
NIC. De ningún modo!
ASUNC. La ley me protege!
NIC. Eso ya lo veremos!
GERT. (Á Anatolio ap.) (Un esfuerzo.)
ANAT. Será inútil.
GERT. Le perdono á usted otros siete meses.

- ANAT. Otros siete! Cielos, inspirame!
- NIC. Estoy decidido á llamarte hijo aunque se hunda el universo!
- ANAT. (Ya escampa.)
- NIC. Se empeñan en hacerte peor de lo que eres.
- ANAT. Peor? Si usted supiera... (Apuremos los recursos.)
- NIC. El qué?
- ANAT. Si usted supiera...
- NIC. Me haces temblar!
- ANAT. (Después de mirar á todos lados.) Sobre mi cabeza pesa una sentencia de muerte!
- NIC. Canario!
- ANAT. El ser bigamo es lo de ménos. Cualquiera es bigamo!
- NIC. Ya lo creo! Conozco tantos!
- ANAT. Lo otro es lo terrible!
- NIC. Lo otro?
- ANAT. He matado á tres!
- NIC. Á tres bigamos?
- ANAT. No. Á tres hombres!
- NIC. Ave-María Purísima!
- ANAT. Como usted lo oye. Reñimos y zás! zás! zás!
- GERT. Qué horror!...
- NIC. Ha sido en riña? Eso prueba tu gran valor. Es imposible que siendo tan valiente no seas noble! (Lo abraza.)
- ANAT. (Torpe de mí, no haberlos asesinado!)
- NIC. Te figuras que voy á rechazarte por eso? No, Anatolio. Existe entre ambos una invisible cadena que liga nuestras almas. Tienes ese no sé qué misterioso que hace á los hombres simpáticos y queridos. (Mauricio y María salen por el foro y ésta se arrodilla detrás de Nicomedes.) Tú eres jugador, pendenciero, calavera. Pues bien, ántes que romper tu boda con mi pupila seré capaz de todo. (Volviéndose y viendo á María arrodillada. Mauricio se arrodilla entónces detrás de Nicomedes.) Qué es esto?
- MARIA. Perdon, padrino mio, si yo no soy casada.
- NIC. Qué escucho?
- GERT. (Ya lo descubrió.)

- NIC. Qué no eres casada?
- MAUR. Perdon, padrino mio!
- NIC. Pero qué haces ahí tú tambien?
- GERT. Quiere decir que no es casada con el señor; pero su marido existe.
- ANAT. Va usted á enredarla de nuevo?
- GERT. No me gusta la línea recta.
- MARIA. Ni á mí continuar un papel que me cansa! Sepa usted, padrino, que ha sido usted víctima de un engaño.
- MAUR. Que esta señora inventó la fábula de su matrimonio, para que usted no la desheredase.
- MARIA. Yo soy soltera, libre, y deseo emparentar con este joven. (Señalando á Mauricio.)
- MAUR. Desea emparentar con este joven. (Señalándose á sí mismo.)
- NIC. Tunante! (Se levantan.)
- ANAT. Y sepa usted que mi única mujer es esta, y yo soy su marido, y hace tres horas estoy sudando el quilo, por ahorrarme catorce meses de casa.
- NIC. Gertrudis! Engañarme así!.. Burlarme de este modo!..
- GERT. Ven ustedes cómo mi sistema era preferible!
- NIC. Á fé de Nicomedes Pancorvo, que me las habeis de pagar.
- ANAT. Qué oigo! Pancorvo! Usted es Pancorvo? El de Alcázar?
- NIC. Sí señor.
- ANAT. Qué felicidad! Á usted iba yo recomendado precisamente. Tome usted, tome usted la carta de su amigo don Bruno. (Dándole la carta.)
- NIC. Una carta de Bruno? (La lee.)
- ANAT. La cosa es hecha! (Á Asuncion.) Cómo ha de negarme nada, queriéndome tanto?
- ASUNC. Siéndole tan simpático!..
- ANAT. La casualidad nos ha favorecido! Y bien! Qué contesta usted? Puedo contar con la administracion?
- NIC. Usted? Usted mi administrador? Un jugador, un calavera?

- ANAT. No señor. Yo soy un hombre honrado!
- ASUNC. Mi marido es un ángel!
- NIC. Mentira! Usted es un perdido.
- ANAT. Ea, caramba! Señora, dígame usted la verdad; dígame usted que soy todo lo contrario.
- GERT. No tema usted. Yo me comprometo á arreglarlo todo. Tengo una intriga segura.
- ANAT. Vaya usted al diablo!
- NIC. Soltera! Soltera!
- MAUB. Pero si yo estoy dispuesto á casarme con ella.
- NIC. Sí? Ella te ama? Entónces mis deseos quedan satisfechos.
- ANAT. Pero los míos no quedan.
- NIC. Conque usted no es un calavera ni un loco?
- ANAT. No señor. Don Bruno lo asegura!
- NIC. Y yo tenía lástima de... Le odio á usted, caballero!
- ANAT. Á buena hora!
- GERT. No le dije á usted que concluiría por hacerse antipático.
- ANAT. Entónces he ganado mis catorce meses!
- ASUNC. Del mal el ménos.

(Al público.)

- NIC. Despertar tu buen humor
quiso tan sólo el autor
de este sencillo juguete...
No le pongas en un brete
tratándole con rigor.
Si alguno quiere severo
probar su justicia airada,
mi súplica oiga primero:
deme usted una palmada,
y... **ÓDIEME USTED, CABALLERO.**

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *M. Murillo*, calle de Alcalá, y de *S. Calleja*, calle de la Paz.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.